

El final de la partida

Por Antonio Fernández-Alba

Antonio Fernández-Alba (Salamanca, 1927) es catedrático de la Escuela de Arquitectura de Madrid. Formó parte del grupo *El Paso*. Ha obtenido el Premio Nacional de Arquitectura (1963) y el de Restauración (1980).

La propuesta de reconciliación que Adorno plantea de la obra de Samuel Becket *El final de la partida* es, simplificando el discurso, la reconstrucción en términos filosóficos de las relaciones entre arte y realidad para los tiempos de la postguerra en la década de los cuarenta. Durante estos años no sólo las ciudades viven bajo los rescoldos de las ruinas. Todos los postulados y propuestas del pensamiento que habían visto florecer las imágenes, los discursos y las formas de las agresivas vanguardias de principio de siglo, se ven invadidos por esta fractura que desencadena la segunda guerra mundial.

La realidad se vivía bajo la pesadilla de unas experiencias tan incomprensibles como desastrosas; los ecos de tantos Auschwitz acentaban la catástrofe moral que rodeaba los diferentes planos de la cultura. Itinerarios distintos se abrían paso para interpretar el sentido que habían tomado las coordenadas de la razón o las conquistas del progreso, y alrededor de tan evidentes constataciones las expresiones del arte se multiplicaban en formas y modos diferenciados, en un intento reconciliador de armonizar la «nueva realidad presente».

La agitación y el desconcierto que en estos finales de siglo podemos observar en el espacio de la ciudad moderna, en la representación de sus arquitecturas y en los confusos epigramas de sus símbolos, parecen hacer evidente que el siglo tiende a cerrar su tiempo con una fragmentación de episodios espaciales y un pluralismo (espíritu de la época) en sus formas, que han transformado el despótico y absolutista «estilo internacional» en una heterogénea Babel donde tiene cabida la amplia y bien estructurada taxonomía de Ch. Jencks

en el trabajo que señalamos: «los pabellones blancos», la «ornamentación distorsionada», los «modernos intuitivos», la «alta tecnología», el «regionalismo post»... Ornamentos, formas, estilos y lenguajes sirven con eficacia a la retórica espacial requerida por la eficacia corporativa, al tiempo que las ciudades recuperan la memoria perdida y por fin la cultura arquitectónica, plural, diversa y diferenciada, construye la «aldea del mundo». Sin duda Jencks, en un texto documentado y de estimable calidad literaria, no puede eludir la lectura de últimas arquitecturas desde el prisma del «amigo americano». Su atención se centra en la cosmogonía de la nueva frontera: metafísica para el espacio de la ciudad y metáfora gráfica para el proyecto de la arquitectura, con la finalidad ejemplar de nutrir la sensibilidad formal de esta «aldea del mundo». ¿Serán éstos síntomas del «final de la partida»?

Mediación simbólica

Se ha señalado, y la precisión no está exenta de razón, que en las sociedades avanzadas de nuestro tiempo el «poder real» necesita aliarse con el «poder simbólico». Hoy las formas de dominio que por razones de su propia lógica interna deben llegar a los diferentes grupos e individuos, al no poder hacerlo de una manera inmediata necesitan de una «mediación simbólica» que permita realizar y formalizar su papel encubridor.

El espacio de la arquitectura como forma de construcción simbólica, desde la visión que nos presentan las imágenes de su percepción, se ha transformado en una técnica de transformaciones obsoletas en la medida que su papel configurador del espacio se pone al servicio de resultados eficaces y sobremanera útiles en relación con las «formas de dominio». Un recorrido superficial en torno a los diagramas del espacio actual de la arquitectura —y es ilustrativa la selección en el análisis de las últimas tendencias realizada por Ch. Jencks— nos aproxima a una especie de nueva pastoral urbana, aderezada con la ornamen-

tación mitologizante que sustentan las fachadas e interiores de sus edificios, fiel reflejo de la indiferencia de un sector predominante del pensamiento arquitectónico sobre la realidad del hábitat.

Estelares gurús que sobreviven en la tupida jungla arquitectónica, provistos de toda suerte de aditamentos formales a través de un arcaico y enternecedor sumario de referencias estilísticas e inventarios simbólicos (arcos, columnas, frisos y cornisas), pretenden sustentar la tesis de que proyectar es producir imágenes a través del juego sintáctico de la geometría y del placer que produce la ausencia de la materia. Junto a semejante proceder, del que en parte es solidario, aparece el desarrollo de un proceso de dominación tecnológica que no requiere de esta representación simbólica bajo las supuestas claves de la historia de los estilos, pero que reproduce una agresiva emblemática tecnocientífica, inmisericorde para con la configuración del lugar, ignorando que el espacio no es sólo el ámbito donde se «disponen» las cosas, sino el «medio» que hace posible la «posición» de las mismas. ¿Qué posición heredamos después de la refriega y supuesta ruptura tardo-moderna y las racionalizaciones tipológicas?

Los ejercicios escolares y profesionales de los arquitectos en activo se fundieron, no hace mucho tiempo, en una cosmovisión cromática, tan heterogéneos en su composición volumétrica como efímeros en las imágenes que construían. Un monumentalismo solidario por hacer patente un «inmaterialismo informacional» al mismo tiempo que una desmedida valoración del acto creativo ligado al artista-arquitecto, para el cual la imagen engloba toda componente constructiva, ya sea ésta funcional o simbólica. Esta actitud ha propiciado un clima de adhesiones hacia una arquitectura estructurada en el soporte de lo efímero, de materiales fungibles ligados a la necesidad de formalizar proyectos cuyo protagonismo espacial no radica en la materialidad auténtica de la arquitectura y en su intrínseca realidad estética, sino en el desarrollo de un enfático anticonstruccionismo enmarcado en su propia

sordidez semántica. De ello dan prueba evidente los últimos rascacielos norteamericanos, mediocres envolturas retóricas de las eficientes corporaciones. Estas derivaciones espaciales venían amparadas por la devaluación sufrida de los principios autoritarios y homogeneizadores que aún destilaban los racionalismos europeos, herederos sin duda de aquella mezcla explosiva entre «ética industrial» y «estética liberal»; entre los fantasmas del pangermanismo neoclásico y la internacionalización informática de las sociales democracias postindustriales. Sus efectos modificadores reproducían una arquitectura cómoda para la empresa moderna y gratificadora para el narcisismo del arquitecto-profesor; aparentemente culta y diferenciadora frente al proyecto tecnocrático, complaciente con el contexto urbano y sobremanera asequible para unas generaciones instruidas en las escuelas con rudimentarios conocimientos de ornamentación distorsionada, pero hábiles escenógrafos frente al extinguido espíritu funcional.

En medio de este tumulto cultural y de duda en los contenidos del espacio que planteaba el proyecto de la arquitectura como narración enfatizada, la mirada de estos reformadores del espacio en la metrópoli moderna devolvía a los clanes privados y familias acomodadas de los gremios arquitectónicos el protagonismo perdido, la ilusión aristocrática de ocupar la escena del espacio en la ciudad, mediante tautologías alegóricas en medio de una concatenación de manipulaciones formales y acontecimientos colaterales con la racionalidad del espacio arquitectónico donde todo es expresivamente fácil, sustituible y agnóstico. Un tumulto cultural de naturaleza pantanosa que, junto a una tecnología objetualista, comparte los «campos de marzo» con el monumentalismo de los inmateriales.

Estado y ciudad, pensamiento y lenguaje arquitectónico, formas y funciones, escuelas y universidades, funcionarios y arquitectos, críticos y profesores, se agrupan en un com-



STELLA WITTENBERG

Viene de la página anterior



STELLA WITTENBERG

promiso sectorio de mercancías y mercaderes de la forma para hacernos creer que «los últimos veinte años han sido los más creativos del siglo», según Ch. Jencks. Al índice de creatividad que parecen haber supuesto los movimientos tardomoderno y postmoderno habrá que agradecer, tal vez, la degradación formal e institucional de la arquitectura.

La ciudad postindustrial

El «espíritu» de la arquitectura en el contexto de la ciudad hoy, ya no es necesario ni para la comprensión de la misma, a pesar del esfuerzo que los presupuestos económicos de la techno-ciencia realizan por controlar desde la figura del arquitecto el proceso de la forma. De nuevo un interrogante añadido: ¿Qué supuestos renovadores han significado, para con el espacio de la ciudad postindustrial, los principios correctores de la autonomía de la arquitectura? La respuesta, pese a los corolarios atenuantes que se pudieran esgrimir, no deja de ser decepcionante. Los resultados prácticos junto a sus manifestos teóricos adquieren protagonismo en las páginas impresas del imperio editorial; una desinformación controlada omnipresente en los reductos universitarios y «summa arquitectónica» en la esfera profesional, ampara y protege toda desviación hacia la herejía que pueda sancionar la crítica.

El éxito de la prensa de la imagen especializada arquitectónica viene garantizado por el poder de fascinación que asume la transfiguración simbólica del espacio, cuyo objetivo primordial radica en anular la conciencia crítica sobre el proyecto o edificio construido y mitificar al arquitecto como personaje exclusivo, como «marca registrada» consagrada por sectas del poder editorial. En este proceso, el morador del espacio de la arquitectura ha sido expulsado en aras de una espacialidad recurrente de fragmentos acumulativos, de formas-emblema, de mimesis reductoras, que obligan a contemplar y vivir la espacialidad con una percepción de lo separado (sineidesis); una arquitectura distorsionada compuesta y construida desde los territorios de una se-

gunda naturaleza abstracta, insensible y ficticia en relación con la realidad artística que subyace en la cultura positiva de la civilización tecno-científica.

Sin duda estas consideraciones generales en torno a la falsa mediación simbólica de las últimas arquitecturas, al papel de teatralidad construida que refleja en nuestros días el espacio de la ciudad, se inscribe en un proceso más general que podríamos denominar el «acontecimiento de la forma»: el poder mediador de la forma sin contenido que a las culturas de la imagen actuales se le asigna, «los placeres de la ausencia» que categoriza Jencks. El contenido de la forma arquitectónica ha sido vaciado y sustituido por su capacidad de «efecto»; la columna que soporta el vacío, la silueta que identifica la cornisa clásica, el frontón que simula el acceso, no tiene otra función que transferir su carga de semántica, de propagar su capacidad de efecto, a ser posible fascinador.

Pero el espacio de la arquitectura desnaturalizado de su razón constructiva pierde su capacidad de reflexión para edificar el hábitat del hombre, que en sus orígenes surgió como idea-imagen, al objeto de solventar las necesidades futuras: cobijo, actividad, relaciones, residencia..., se debatió más tarde como proyecto contra la angustia del hombre, angustia material y existencial para acomodarse en la naturaleza. Hoy tenemos que admitir un cambio sustancial al inscribir el proyecto del espacio en el que opera la arquitectura dentro de los valores y estructuras de la «segunda naturaleza técnica», advirtiendo que este proyecto inédito no puede aflorar a nuestro juicio bajo los principios de una espacialidad acumulativa de retóricas «formas pluralistas» frente a los principios del Movimiento Moderno en arquitectura, que amputaba con ardor iconoclasta historia, ornamento o cualquier alusión metafórica, y menos aún de la efusión antibarroca con la que trataba de desarrollarse un capitalismo en expansión decididamente «contrarreformista».

De todo ello, y de los efectos de su contrapartida, la empresa «reformadora simbolista» en la que nos encontramos, somos tes-

tigos elocuentes y sufridores anónimos de esa autocracia elitista de arquitectos postmodernos, tardomodernos, vernaculares..., que han proporcionado esa amalgama de órdenes compuestos para, según Takefumi Aida, «encerrar la función en formas innatas».

Cobertura neutral

El cansancio formal, la estafa provocadora en la que se dibujaba la espacialidad metropolitana, los episodios colaterales alrededor de lo arquitectónico, configuran una cobertura neutral del pensamiento crítico de la arquitectura, neutralidad psicótica en la que el «último arquitecto» trata de encontrar cobijo y gratificación para sus irreflexivas prospecciones en el territorio del proyecto. Ch. Jencks, no sin cierto cinismo, parece aceptar esta neutralidad del espacio tardomoderno como un dato decoroso: «El espacio tardomoderno, para algunos arquitectos, es la expresión de un quietismo decoroso, de una neutralidad y agnosticismo honesto respecto a una sociedad incapaz de precisar qué debe valorarse».

Frente a esta indecorosa pasividad se hace necesario un diálogo crítico, positivo y creador entre el ser y el devenir del pensamiento arquitectónico, desde la crisis de los ideales clásicos a las propuestas iniciadas hace más de dos siglos sobre los problemas de la cantidad. El «cobijo ausente» en las sociedades

sobresaturadas de nuestro tiempo aún por asumir como proyecto prioritario en la espacialidad contemporánea. La idea de lo «nuevo» como valor en los lugares de la época tecnocientífica. Las indagaciones entre la forma de la arquitectura para la ciudad y la función de los objetos arquitectónicos en la misma. La recuperación, en definitiva, de la arquitectura como fragmento de utopía del hábitat humano.

El funcionalismo, como con evidencia podemos contemplar, se transformó en rudo productivismo; el «estilo internacional», en insoportables alfabetos regionales, pabellones blancos o simples decorados de la derrota; el espacio imaginado para la ciudad de los albores del siglo, en escueto producto económico, tecnificado e indeterminado.

Un interrogante final: ¿Es posible pensar para el espacio de la arquitectura una respuesta coherente con su tiempo desde los supuestos del arte y de la razón? Para tan razonable aspiración habrá que destruir el maleficio en el que se ve inscrita la palabra arquitectura y desalojarla por los testimonios de una «antiarquitectura» construida desde los reductos de una sensibilidad moderna más anónima y menos subjetivizada, capaz de integrar la heterogeneidad de las culturas que rodean el «espíritu de la época» y que permitan reequilibrar y armonizar las tensiones en las que se debaten las dos naturalezas, ya evidentes, por las que discurren: espacios, lugares y territorios de nuestro tiempo. □

RESUMEN

Se ha señalado, nos recuerda Fernández-Alba, que el poder real necesita aliarse con el poder simbólico, las formas de dominio requieren una «mediación simbólica», y en ese espacio se encuentra la arquitectura como construcción sim-

bólica. El comentarista de esta obra, que pasa revista a las últimas tendencias arquitectónicas, efectúa, entre otras cuestiones abordadas, algunas consideraciones en torno a la falsa mediación simbólica de las últimas arquitecturas.

Charles Jenks

Arquitectura internacional (últimas tendencias)

Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 1989. 357 páginas. 13.500 pesetas.